

Evocación de Franz Schubert

Por Israel Peña

Especial para 'ELITE'

ACE hoy muchos, muchos años, en la Viena de 1809, en la Escuela Imperial de Konvikt, había un muchachito rechoncho, sonrosado y con gafas, de aire tímido y ademanes torpes, que sólo mostraba vivacidad al fugarse durante las horas de recreo — mientras sus condiscipulos alborotaban en el patio — a la Sala de Música de la Institución. Allí ante un viejo piano tocaba y tocaba, muchas veces para sí mismo, otras para dos o tres compañeros mayores que él que sentían ya el hechizo del divino arte y la atracción de aquel pequeño genio que ejecutaba o improvisaba para ellos. Aquel pequeño genio precozmente miope que prefería la música a los juegos y que después de interpretar con maravillosa intuición a Mozart encantaba a sus amigos con un Minué de su propia cosecha, era nada menos que Franz Schubert, el futuro autor de la "Sinfonía Inconclusa", el compositor que más tarde iba a llegar a todos los corazones del mundo con su romántica "Serenata" y con la irresistible belleza de su "Ave María".

Años después, en los cafés de la misma ciudad, se reúne un animado y fervoroso grupo de artistas que se denominaban a sí mismos los "schubertianos". Su mayoría está formada de músicos y poetas. Los preside, por decirlo así, aquel niño de la Escuela del Konvikt hecho ya hombre. Entre ellos disfruta de esa felicidad intensa y efímera que mientras dura hace olvidar al joven sus limitaciones, las vulgaridades forzosas de la vida diaria que en un artista son como montañas interpuestas entre él y su ideal. Sólo sus amigos saben apreciar y valorar su genio. Su mismo padre — un honrado y mediocre maestro de escuela — le recrimina el no haber querido ser también lo que él ha sido y el abandonar la enseñanza por la composición. Los otros le miran con indiferencia, o a lo más lo distinguen con la ya muy gastada frase que nada cuesta a quien la dice "Tiene talento".

Schubert compone y compone incansablemente. La inspiración parece ser en él como una integración individual que marcha con su vida, que acompaña todos sus pasos. De la visión de un paisaje, de la lectura de un poema, de una conversación aproximadamente interesante, de un hecho poco más o menos corriente encuentra él un motivo, un tema sobre el cual componer, decir algo en música, algo que por lo espontáneo y a la vez admirablemente elaborado nace, se extiende y vive en lo eterno: óperas, sinfonías, oberturas, copiosa música de cámara, innumerables piezas para piano, corales y más de seiscientos "lieder" — obra esta última en la cual no le ha sobrepasado, ni en extensión ni en calidad, ninguno de los músicos que vivieron antes y después de él. Son los "lieder" trozos de una genialidad extraordinaria en donde la música

y que después de interpretar con maravillosa intuición a Mozart encantaba a sus amigos con un Minué de su propia cosecha, era nada menos que Franz Schubert, el futuro autor de la "Sinfonía Inconclusa", el compositor que más tarde iba a llegar a todos los corazones del mundo con su romántica "Serenata" y con la irresistible belleza de su "Ave María".

Años después, en los cafés de la misma ciudad, se reúne un animado y fervoroso grupo de artistas que se denominaban a sí mismos los "schubertianos". Su mayoría está formada de músicos y poetas. Los preside, por decirlo así, aquel niño de la Escuela del Konvikt hecho ya hombre. Entre ellos disfruta de esa felicidad intensa y efímera que mientras dura hace olvidar al joven sus limitaciones, las vulgaridades forzosas de la vida diaria que en un artista son como montañas interpuestas entre él y su ideal. Sólo sus amigos saben apreciar y valorar su genio. Su mismo padre —un honrado y mediocre maestro de escuela— le recrimina el no haber querido ser también lo que él ha sido y el abandonar la enseñanza por la composición. Los otros le miran con indiferencia, o a lo más lo distinguen con la ya muy gastada frase que nada cuesta a quien la dice "Tiene talento".

Schubert compone y compone incansablemente. La inspiración parece ser en él como una integración individual que marcha con su vida, que acompaña todos sus pasos. De la visión de un paisaje, de la lectura de un poema, de una conversación aproximadamente interesante, de un hecho poco más o menos corriente encuentra él un motivo, un tema sobre el cual componer, decir algo en música, algo que por lo espontáneo y a la vez admirablemente elaborado nace, se extiende y vive en lo eterno: óperas, sinfonías, oberturas, copiosa música de cámara, innumerables piezas para piano, corales y más de seiscientos "lieder" —obra esta última en la cual no le ha sobrepasado, ni en extensión ni en calidad; ninguno de los músicos que vivieron antes y después de él. Son los "lieder" trozos de una genialidad extraordinaria en donde la música fluye con la gracia de las más hermosas palabras, a veces sencilla, casi niña, cándida y dulce; otras arrebatada, trágica o melancólica, comunicando a quien la escucha el misterio de una íntima desolación. Aquí se nos revela ese Schubert que no se quejó nunca, aquel joven íntimamente solitario, de figura poco agraciada a quien puede decirse que no favoreció el amor. Adorado de sus amigos, no supo de otras devociones que las que ofrece el rudo afecto del hombre hacia el hombre, ni de otras caricias que las que le brindaban las musas en sus sueños. ¿Qué viajero desconocido hubiera podido creer al verlo que se trataba de un compositor inmortal? Su vida fué monótona, sin acontecimientos. Sus creaciones no trascendieron realmente al gran público hasta mucho tiempo después de su muerte, acaecida a los treinta y un años de edad. ¿Qué existencia tan breve para la extensión de su obra y qué pobre y vacía para la generosidad de su música que ha sabido llenar tantos espíritus, calmar la sed de tantos corazones, o bien exaltarlos hacia esa región de invisibles bellezas en donde el hombre —elevado sobre la mezquindad de su barro— cree escuchar en sí mismo la voz de su Dios!

Schubert fué enterrado en el cementerio de Währing, cerca de la tumba de Beethoven, a quien sobreviviera escasamente un año. Sobre su lápida uno de sus amigos, el poeta Grillparzer, escribió esta frase: "La Música tiene aquí sepultado un rico tesoro"... Pero Schubert vive. Su verdadera Vida está en su música. Rotos los lazos de la materia torpe que envolviera su alma tan bella, ésta se abre sola brillando sobre el tiempo e iluminando todos los rostros que buscan su mirada.